

Hallara en pié el castillo arruinado,
 Con soldados, con armas, municiones,
 Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
 Que alguna gente armada le enviase,
 La cual á Tucapel fuese derecho,
 Donde con él á tiempo se juntase :
 Resoluto de hacer allí de hecho
 Un ejemplar castigo que sonase
 En todos los confines de la tierra,
 Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso ;
 Y descuidado dél torció la via
 Metiéndose por otro codicioso,
 Que era donde una mina de oro habia :
 Y de ver el tributo y don hermoso
 Que de sus ricas venas ofrecia,
 Paró de la codicia embarazado,
 Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
 Al concierto en el tiempo prometido ;
 Mas el metal goloso que sacaba
 Le tuvo á tal sazón embebecido :
 Despues salió de allí, y se apresuraba
 Cuando fuera mejor no haber salido :
 Quiero dar fin al canto, porque pueda
 Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y dánle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡ Oh incurable mal ! ¡ oh gran fatiga
 Con tanta diligencia alimentada !
 ¡ Vicio comun y pegajosa liga,
 Voluntad sin razon desenfadada,
 Del provecho y bien público enemiga,
 Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
 Principio y fin de todos nuestros males,
 Oh insaciable codicia de mortales !
 No en el pomposo estado á los señores
 Contentos en el alto asiento vemos,
 Ni á pobrecillos bajos labradores
 Libres desta dolencia conocemos ;
 Ni el deseo y ambicion de ser mayores
 Que tenga fin y limite sabemos :
 El fausto, la riqueza y el estado
 Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
 Si era poco el estado que tenia,
 Cincuenta mil vasallos que delante
 Le ofrecen doce marcos de oro al dia :
 Esto y aun mucho mas no era bastante,
 Y así la hambre allí lo detenia :
 Codicia fué ocasion de tanta guerra,
 Y perdicion total de aquesta tierra.
 Esta fué quien halló los apartados
 Indios de las antárticas regiones ;
 Por esta eran sin orden trabajados
 Con dura imposicion y vejaciones ;
 Pero rotas las cinchas de apretados

Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Léjos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro :
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba ;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian :
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron :
No dos leguas andadas del camino,
Las amigas cabezas conocieron
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza :
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza :
Solo Valdivia calla y teme el punto ;
Pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo : «¡ Oh compañeros, do se encierra
«Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
«Ya veis la desvergüenza de la tierra,
«Que en nuestro daño da bandera al viento ;
«Veis quebrada la fe, rota la guerra ;
«Los pactos van del todo en rompimiento ;
«Siento la áspera trompa en el oido,
«Y veo un fuego diabólico encendido.
«Bien conoceis la fuerza del estado
«Con tanto daño nuestro autorizada :
«Mirad lo que fortuna os ha ayudado
«Guiando con su mano vuestra espada ;
«El trabajo y la sangre que ha costado,
«Que della está la tierra alimentada ;
«Y pues tenemos tiempo y aparejo,
«Será bueno tomar nuevo consejo.

«Quien estos son tendreis en la memoria,
«Pues hay tanta razon de conocellos,
«Que si dellos no hubiésemos vitoria,
«Y en campo no pudiésemos vencellos,
«Será tal su arrogancia y vanagloria,
«Que el mundo no podrá despues con ellos :
«Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
«Que á nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos experiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
Á tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡ Oh capitán! danos licencia,
«Que solos diez sin otra compañía
«El bando asolaremos araucano,
«Y haremos el camino y paso llano.

«Lo que jamás hicimos en estrecho
«No es bien por nuestro honor que lo hagamos ;
«Pues es cierto que cuanto hemos hecho

«Volviendo atrás un paso lo manchamos:
«Mostremos al peligro osado pecho,
«Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sábio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
«Que no pases el término vedado:
«Veinte mil conjurados, yo testigo,
«En Tucapel te esperan, protestado
«De pasar sin temor la muerte honrosa
«Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbación dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?
«¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin más les persuadir rompe la vía,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien léjos parecía
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo: «¡Oh constante
«Española nación de confianza!
«Por tierra está el castillo tan pujante,
«Que en él solo estribaba mi esperanza;
«El pérfido enemigo veis delante,
«Ya os amenaza la contraria lanza;

«En esto más no tengo que avisaros,
«Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandiendo,
Gritando: «Engañadores y ladrones,
«La tierra dejareis hoy con la vida,
«Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadrón menos copioso
Y más vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia más le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
Á los pocos soldados atendía;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadrón los recogía,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento cuando siente
El escuadrón de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface,

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadrón del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada

Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sargento
Que escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados;
En esto la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:

Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenían,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte;
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonor y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España;»
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorito
En su servicio á la sazón venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

«¡ Oh ciega gente del temor guiada!
«¿ A dó volveis los temerosos pechos?
«Que la fama en mil años alcanzada
«Aquí perece y todos vuestros hechos.
«La fuerza pierden hoy jamás violada
«Vuestras leyes, los fueros y derechos:
«De señores, de libres, de temidos,
«Quedais siervos, sujetos y abatidos.
«Manchais la clara estirpe y descendencia,
«Y enjeris en el tronco generoso
«Una incurable plaga, una dolencia,
«Un deshonor perpetuo ignominioso:
«Mirad de los contrarios la impotencia,
«La falta del aliento, y el fogoso
«Latir de los caballos, las ijadas

«Llenas de sangre y de sudor bañadas.
 «No os desnudeis del hábito y costumbre
 «Que de nuestros abuelos mantenemos,
 «Ni el araucano nombre de la cumbre
 «A estado tan infame derribemos:
 «Huid el grave yugo y servidumbre,
 «Al duro hierro osado pecho démos:
 «¿ Por qué mostrais espaldas esforzadas
 «Que son de los peligros reservadas?
 «Fijad esto que digo en la memoria,
 «Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
 «Dejad de vos al mundo eterna historia
 «Vuestra sujeta patria libertando;
 «Volved, no rehuséis tan gran vitoria,
 «Que os está el hado próspero llamando;
 «A lo menos fijad el pié ligero,
 «Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
 Contra Valdivia su señor blandía,
 Dando de sí gran muestra y esperanza,
 Por mas los persuadir arremetía:
 Y entre el hierro español así se lanza,
 Como con gran calor en agua fria
 Se arroja el ciervo en el caliente estio,
 Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
 Otro apunta por medio del costado,
 Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
 Salió el hierro sangriento al otro lado:
 Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
 Y barrenando el muslo á otro soldado,
 En él la fuerte pica fué rompida,
 Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
 Del suelo una pesada y dura maza;
 Mata, hiere, destronca y echa á tierra
 Haciendo en breve espacio larga plaza:
 En él se resumió toda la guerra,
 Cesa el alcance y dan en él la caza;
 Mas él aquí y allí va tan liviano,
 Que hieren por herirle el aire vano.

¿ De quién prueba se oyó tan espantosa,
 Ni en antigua escritura se ha leído,

Que estando de la parte vitoriosa
 Se pase á la contraria del vencido?
 ¿ Y que solo valor y no otra cosa
 De un bárbaro muchacho haya podido
 Arrebatarse por fuerza á los cristianos
 Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
 Sacrificaron por la patria amada,
 Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
 Dieron muestra de sí tan señalada:
 Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
 Alcanzaron gran fama por la espada:
 Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
 Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿ qué hicieron
 Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
 ¿ Qué empresa ó qué batalla acometieron
 Que á lo menos en duda no estuviese?
 ¿ A qué riesgo y peligro se pusieron
 Que la sed del reinar no los moviese,
 Y de intereses grandes insistidos
 Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
 Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
 De fama y vanagloria codiciosos
 Que no saben sufrir un golpe fuerte,
 Mostrándose constantes y animosos
 Hasta que ven ya declinar su suerte,
 Faltándoles valor y esfuerzo á una,
 Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
 En contra de su patria declarada,
 Turbó y redujo á nueva diferencia,
 Y al fin bastó á que fuese revocada:
 Hizo á fortuna y hados resistencia,
 Forzó su voluntad determinada,
 Y contrastó el furor del vitorioso
 Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
 Y el desigual combate mas revuelto,
 Cuando Caupolicano reportado
 A las amigas voces habia vuelto:
 Tambien habian sus gentes reparado

Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos, de repente inadvertidos,
Ó cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Painaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó, quedó molido.
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuese el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria;
Sube el alto rumor á las estrellas,
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoro,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte,
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazón Puren, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida,
Por dó la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada:
Tambien Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron innumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados

El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuándo de aqueste y cuándo de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el impetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es excusado
Procuremos vivir por otra via.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalis, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso los detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;

Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el cerebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo descende
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caída
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolican dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la friste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida

Solos de los tres mil, que como vieron
 La gente nuestra rota y de vencida,
 En un jaral espeso se escondieron:
 De allí vieron el fin de la reñida
 Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
 Que como las estrellas se mostraron,
 Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subia
 Á mas andar á la mitad del cielo,
 Y con las alas lóbregas cubria
 El orbe y redondez del ancho suelo,
 Cuando la vencedora compañía,
 Arrimadas las armas sin recelo,
 Danzas en anchos cercos ordenaban
 Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
 Por todo el araucano regimiento,
 Y antes que el sol se fuese descubriendo
 El campo se cubrió de bastimento:
 Gran multitud de gente concurriendo
 Se forma un general ayuntamiento
 De mozos, viejos, niños y mujeres
 Participes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
 Y alegres sus cantares repetian,
 Un sitio de altos árboles cercaban
 Que una espaciosa plaza contenian,
 Y en ellos las cabezas empalaban
 Que de españoles cuerpos dividian:
 Los troncos de su rama despojados
 Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
 Cercado de una amena y gran floresta,
 En memoria y honor del vencimiento
 Celebran de beber la alegre fiesta:
 El vino así aumentó el atrevimiento,
 Que España en gran peligro estaba puesta;
 Pues que promete el mínimo soldado
 De no dejar cimientto levantado.

Era allí la opinion generalmente
 Que sin tardar, doblando las jornadas,
 Partiese un grueso número de gente
 Á dar en las ciudades descuidadas,

Que tomadas de salto y de repente
 Serian con solo el miedo arruinadas,
 Y la patria en su honor restituida
 No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
 Para acabar de ejecutar su saña,
 Con gran poder y ejército de hecho
 Querian pasar la vuelta de la España:
 Pensándola poner en tanto estrecho
 Por fuerza de armas, puestos en campaña,
 Que fuesen cultivadas las iberas
 Tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
 El vano intento y quiere desviarlo,
 Que como diestro y sábio otro pretende
 Y por mejor camino enderezarlo:
 El tiempo espera y la sazón atiende
 Que estén mejor dispuestos á tratarlo:
 La fiesta era acabada y borrachera,
 Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
 «La dulce libertad tan estimada,
 «Ni que sea nuestra patria yo desfiendo
 «En el sublime trono restaurada;
 «Mas hase de atender á que pudiendo
 «Ganar, no se aventure perder nada;
 «Y así, con este celo y fin procuro
 «No poner en peligro lo seguro.

«Tomad con discrecion los pareceres
 «Que van á la razon mas arrimados,
 «Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
 «Está en ir los principios acertados:
 «Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
 «Á punto están de ser recuperados;
 «Que el tiempo, que es el padre del consejo,
 «En las manos nos pone el aparejo.

«Á Valdivia y los suyos habeis muerto
 «Y una importante plaza destruido,
 «Venir á la venganza será cierto
 «Luego que en las ciudades sea sabido;
 «Demos al enemigo el paso abierto:
 «Esto asegura mas nuestro partido;
 «Vengan, vengan con furia á rienda suelta;

«Que difícil será despues la vuelta.
 «La vitoria tenemos en las manos,
 «Y pasos en la tierra mil seguros
 «De ciénagas, lagunas y pantanos,
 «Espesos montes, ásperos y duros :
 «Mejor pelean aquí los araucanos,
 «Españoles mejor dentro en sus muros ;
 «Cualquier hombre en su casa acometido
 «Es mas sábio, mas fuerte y atrevido.
 «Esto os vengo á decir, porque se entienda
 «Cuánto con mas seguro acertaremos,
 «Para poder tomar la justa enmienda,
 «Que en sitios escogidos esperemos :
 «Donde no habrá en el mundo quien defienda
 «La razon y derecho que tenemos ;
 «Cuando temor tuviesen de buscarnos
 «Á sus casas iremos á alojarnos.»
 Con atencion de todos escuchada
 Fué la oracion que el general hacia,
 Siendo de los mas dellos aprobada,
 Por ver que á su remedio convenia ;
 La gente ya del todo sosegada,
 Caupolican al jóven se volvia
 Por quien fué la vitoria, ya perdida,
 Con milagrosa prueba conseguida.
 Por darle mas favor le tenia asido
 Con la siniestra de la diestra mano,
 Diciéndole : « ¡ Oh varon , que has extendido
 «El claro nombre y limite araucano !
 «Por tí ha sido el estado redimido ,
 «Tú le sacaste del poder tirano ,
 «A tí solo se debe esta vitoria
 «Digna de premio y de inmortal memoria.
 «Ya, señores , pues es tan manifiesto
 (Esto dijo volviéndose al senado)
 «El punto en que Lautaro nos ha puesto
 (Que así el valiente mozo era llamado),
 «Yo por remuneralle en algo desto
 «Con vuestra autoridad que me habeis dado
 «Por paga , aunque á tal deuda insuficiente ,
 «Le hago capitan y mi teniente.
 «Con la gente de guerra que escogiere ,
 «Pues que ya de sus obras sois testigos ,

«En el sitio que mas le pareciere
 «Se ponga á recibir los enemigos ,
 «Adonde hasta que vengan los espere,
 «Porque yo con la resta y mis amigo
 «Ocuparé la entrada de Elicura ,
 «Aguardando la misma coyuntura. »
 Del grato mozo el cargo fué acetado
 Con el favor que el general le daba ;
 Aprobólo el comun aficionado ,
 Si á alguno le pesó no lo mostraba :
 Y por el órden y uso acostumbrado
 El gran Caupolican le trasquilaba ,
 Dejándole el copete en trenza largo,
 Insignia verdadera de aquel cargo.
 Fué Lautaro industrioso , sábio , presto ,
 De gran consejo , término y cordura ,
 Manso de condicion y hermoso gesto ,
 Ni grande ni pequeño de estatura ;
 El ánimo en las cosas grandes puesto ,
 De fuerte trabazon y compostura ,
 Duros los miembros , recios y nerviosos ,
 Anchas espaldas , pechos espaciosos.
 Por él las fiestas fueron alargadas ,
 Ejercitando siempre nuevos juegos
 De saltos , luchas , pruebas nunca usadas ,
 Danzas de noche en torno de los fuegos :
 Habia precios y joyas señaladas ,
 Que nunca los troyanos ni los griegos ,
 Cuando los juegos mas continuaron ,
 Tan ricas y estimadas las sacaron.
 Llegó á Caupolican estando en esto
 Un bárbaro turbado , sin aliento ,
 Perdida la color , mudado el gesto ,
 Cubierto de sudor y polvoriento ,
 Diciéndole : « Señor , socorre presto ;
 «Tu campo es roto y cierto el perdimiento ;
 «Que la gente que estaba en la emboscada
 «Es muerta la mas della y destrozada.
 «Por tierra de Elicura son bajados
 «Catorce valentísimos guerreros ,
 «De corazas finísimas armados ,
 «Sobre caballos prestos y ligeros ;
 «Por estos solos son desbaratados

« Dos escuadrones tuyos de piqueros ,
 « Y visto el gran estrago al improviso
 « Parti corriendo á darte dello aviso .»

Caupolican con muestra no alterada
 Hizo que del temor se asegurase ,
 Diciendo que tan poca gente armada
 Al cabo era imposible que escapase ;
 Y con la diligencia acostumbrada
 Mandó al nuevo teniente que guiase
 Con la mas presta gente por la via ,
 Que luego con el resto le seguia .

Lautaro , en lo aceptar no perezoso ,
 Escogiendo una escuadra suficiente ,
 Marcha con tanta prisa , codicioso
 De ganar opinion entre la gente ;
 Mas de Marte el estruendo sonoro
 Me llama , que me tardo injustamente :
 De los catorce es tiempo que se trate ,
 Y del sangriento y áspero combate .

Extiéndase su fama y sea notoria ,
 Pues que tanto su espada resplandece ,
 Y dellos se eternice la memoria ,
 Si valor en las armas lo merece :
 Testimonio dará dello la historia ;
 Pero acabar el canto me parece ,
 Que á decir tan gran cosa no me atrevo ,
 Si no es con nuevo aliento y canto nuevo .

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel ; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro : llega Lautaro con gente de refresco ; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban ; escápanse los otros por una gran ventura .

¡ Cuán buena es la justicia y qué importante !
 Por ella son mil males atajados ;
 Que si el rebelde Arauco está pujante
 Con todos sus vecinos alterados ,
 Y pasa su furor tan adelante ,
 Fué por no ser á tiempo castigados :
 La llaga que al principio no se cura ,
 Requiere al fin mas áspera la cura .

Que no es virtud , mas vicio y negligencia ,
 Cuando de un daño otro mayor se espera ,
 El no curar con hierro la dolencia ,
 Si del mal lo requiere la manera ;
 Mas no con tal rigor que la clemencia
 Pierda su fuerza y la virtud entera :
 Clemente es y piadoso el que sin miedo
 Por escapar el brazo corta el dedo .

No quiero yo decir que á cada paso
 Traiga el hierro en la mano la justicia ,
 Sino segun la gravedad del caso
 Y la importancia y fin de la malicia ;
 Pues vemos claro en el presente paso ,
 Que al cabo corrompida de avaricia
 Dió á la maldad lugar que se arraigase ,
 Y en los ánimos mas se apoderase .

Mas no se ha de entender como el liviano
 Que se entrega al primero movimiento ,
 Que por ser justiciero es inhumano ,
 Y por alcanzar crédito es sangriento :